

LA LABOR SOCIAL DE LA IGLESIA CATOLICA EN AGUASCALIENTES

Dr. José Antonio Gutiérrez Gutiérrez ¹

Programa de Investigaciones Históricas

25

Se ha dado por muchos años en México un raro fenómeno en nuestros estudiosos: un desapercibimiento, un descuido por dar a conocer la obra de la Iglesia. Cuando pensamos en este fenómeno, creemos que se debe no a un desconocimiento de su labor o a que se le juzgue de poco interés, sino a un tabú por tocar o escribir cuanto huele a Iglesia, enseñoreando en nuestro ambiente desde las Leyes de Reforma. También puede ser porque se ha preferido seguir la corriente secularista que desde entonces domina en todas las esferas sociales. Y lo criticable es que los pocos que se han atrevido a escribir de la materia, ofrecen frecuentemente una imagen desvirtuada, pues se han concretado a estudiarla marginalmente o relacionada con la política. Hay sobrada razón para decir, que la historia de la Iglesia Católica en México aún está por hacerse.

Escribe Gabriel Le Bras, fundador de la sociología contemporánea de la religión en Francia: ignorar lo que pasa en la Iglesia es ignorar una parte notable de los factores de la vida nacional (1). Así es. Lo escrito por Le Bras contiene más realidad cuando lo aplicamos a nuestra historia nacional, porque la Iglesia Católica ha sido para México determinante desde su fundación en la conquista.

El trabajo: LA LABOR SOCIAL DE LA IGLESIA CATOLICA EN AGUASCALIENTES del que ahora informamos a la comunidad universitaria en las páginas de "Investigación y Ciencia", es un primer producto del proyecto general intitulado Historia de la Diócesis de Aguascalientes y una aproximación integral de una de las áreas de la historia de la Iglesia local. Y parafraseando a Le Bras, queremos con él conocer muchas de las cosas que han acontecido en la Iglesia, para no ignorar mucho de lo que ha pasado en nuestra vida regional.

Su contenido es la historia de la acción de la Iglesia y de los católicos; pero también se resaltan en no pocos pasajes los intereses y las acciones de las instituciones que intervienen en la acción de ésta como ente regular. Es el quehacer social lo que condiciona sustancialmente el estudio; pero no deja de hacer referencia a la doctrina y sus lineamientos. Estaríamos más en lo correcto decir que estructuran su ser la concreción equilibrada de hechos, tradiciones, costumbres religiosas, estilos de gobernar y hasta las acciones particulares de instituciones y hombres.

Este trabajo pretende llenar un vacío y romper el tabú a que nos referimos, que desde hace muchos años domina nuestro medio. Toma a "la cuestión social" como materia y a la labor cotidiana de la Iglesia local y su relación con la sociedad y el Estado; a la Iglesia como institución inmersa en la sociedad, porque pensamos que, aún con su autonomía, no escapa a los condicionamientos que le impone ésta; por eso la necesidad de analizarla para mejor entender a la sociedad aguascalentense. Se pretende, sea también una aportación a las conmemoraciones centenarias de la diócesis en sus cien años de vida como entidad.

El trabajo se limita a estudiar un territorio geográfico específico, el que conforma la Diócesis de Aguascalientes, que debe su erección a León XIII por Decreto Consistorial de 27 de agosto de 1899, ejecutado por el Visitador Apostólico, Mons. Nicolás Averardi, el 3 de noviembre del mismo. En su origen estuvo constituida por seis parroquias, dos de la ciudad, la Asunción y el Encino, y cuatro foráneas, Asientos, San José de Gracia, Calvillo y Jesús María. Es decir, que sus límites se constriñieron al Estado.

Su primer obispo, D. Fray José María de Jesús Portugal y Serratos, conseguiría en 1907 que se reconociera como parte de ésta la zona zacatecana que desde antiguo perteneció a la parroquia de Asientos (lo que actualmente conforma la parroquia de Villa García), y que se agregaran las parroquias de Ojuelos y Paso de Sotos (hoy Villa Hidalgo) del Estado de Jalisco. En 1925 le fueron incorporadas por decreto de la Santa Sede las parroquias de Encarnación y Teocaltiche, junto con las recientemente creadas de Bajío de San José, Michoacanejo y Belén del Refugio. Con estas agregaciones llega su territorio en la actualidad a una extensión aproximada de 11,200 km cuadrados, 5,590 que comprende el Estado de Aguascalientes y 5,611 de los Estados de Jalisco y Zacatecas, más un pequeño pueblo del Estado de Guanajuato.

Físicamente el territorio está ubicado en el Centro-Occidente de la República Mexicana, espacio calificado por los geógrafos de transición entre la aridez del norte, el húmedo tropical del Pacífico y la sequedad de los altos valles del Altiplano. Está conformado por tierras semiáridas, capaces de dar vida apenas a arbustos xerófilos y plantas

¹ Profesor-Investigador del Centro de Artes y Humanidades

como mezquites, huizaches, garruños, matorrales y zacates propios de zonas semidesérticas, a excepción de algunos pequeños oasis o joyas. Su situación sugiere que calificaremos a la vida regional de insegura y precaria, aun cuando exista una aparente prosperidad. Las tierras flacas son responsables de la pobreza de su gente que, contra todo, se somete con resignación a los imponderables geológicos, a la diversidad de los climas y escasez de aguas.

Es en esta perspectiva físico-geográfica que el lector encontrará el desarrollo de las acciones en LA LABOR SOCIAL DE LA IGLESIA CATOLICA EN AGUASCALIENTES por espacio de cien años. Se parte de una realidad, la diócesis como entidad autónoma y la existencia de un gran acervo de materiales que han sido profundamente analizados. Es propósito entregar un producto total, para que los interesados en conocer y manejar la historia de la cuestión social católica agascalentense posean referencia suficientes y fieles a la verdad histórica. También se ha pensado en que los futuros investigadores manejen el material y les sirva para desentrañar más aún las diversas facetas de la acción social católica, para mejor entender la esencia de nuestra sociedad contemporánea.

El relato encierra el actuar del hombre—de los hombres regionales, eclesiásticos o laicos—, que han vivido en el entorno de la diócesis, de sus comunidades parroquiales con sus contenidos. Historiar estos hechos acontecidos en la Diócesis de Aguascalientes y en un tramo tan largo representa compromiso riesgoso. Aun así, lo anotamos por su importancia para la historiografía regional y porque amplía y enriquece el panorama conocido, pues nos va a conducir a conocer el vivir, pensar y actuar de esta sociedad en que estamos inmersos en tramo tan esencial para la historia nacional, de la Iglesia mexicana y local.

Pensamos en que no deben hacernos caer en el conformismo los estudios históricos realizados sobre Aguascalientes. Hacen falta nuevas aportaciones, otros hallazgos, interpretaciones y logros para que podamos llegar a conocer su historia total. Desde esta perspectiva se vuelve cada vez más urgente y necesario conocer a fondo los distintos períodos formativos de nuestra sociedad; ahondar y desentrañar los fenómenos que de una u otra forma han incidido, para comprender y contrastar el todo. Es desde esta perspectiva que analiza la acción católico-social el presente estudio.

Cuando nació la idea de llevar a cabo un análisis histórico de la ACCION SOCIAL DE LA IGLESIA

CATOLICA EN AGUASCALIENTES, surgieron interrogantes como ¿cuáles fueron sus antecedentes?, ¿cuál su formación y desarrollo?, ¿qué influencias e ideologías dominaron?, ¿cuál su incidencia?, etc. Con apoyo en los documentos archivísticos procura darse respuesta. En determinados momentos mediatiza posiciones ideológicas para mejor apreciar la verdad histórica; pero por sobre todo se procura ubicar en el lugar justo la acción social de la Iglesia diocesana más de una vez minimizada y hasta ignorada o negada.



La historia nos enseña que toda realidad humana no es más que una expresión amplia intergrupal. También que cuando el actuar del hombre se desviste de la envoltura humana y religiosa, o se enfoca con parcialidad, suele condensar conflictos y desavenencias. El historiador está obligado a paliar los desajustes ideológicos y sociales, apoyado en documentos de primera mano. He ahí el interés por fijarnos siempre en la verdad y que ésta conduzca a esclarecer los errores o los contrastes aflorados. Sería imposible conseguir lo anterior de no tener presente el papel que la Iglesia ha desempeñado en la identidad nacional y local, pues quiérase o no es parte nodal de su ser. Las pautas geográficas proporcionan bases importantes para la formación de toda sociedad; pero las cuestiones sociales y religiosas, las cuestiones humanas son lo que caracteriza ese todo geopolítico.

Reiteramos en que es la concreción equilibrada de los hechos humanos lo que configura el estudio, la materia que conforma el todo; los intereses objetivos y subjetivos que incursionan hacia ese interior no desempeñan otro papel, que el de fieles depositarios, vigías escrupulosos de su desarrollo. De ahí que para nosotros cualquier elemento que huelga a humano es materia clave. ¿O no, externar o conservar, defender o mostrar los hechos y acciones de individuos e instituciones responde a la construcción del relato histórico, puesto que procuran imponer una forma de pensar o actuar al resto de la sociedad civil o eclesial? Aunque inciden diversos elementos en las acciones relatadas, el cariz que delinea y define el estudio es lo católico, porque todo lo relatado propugna por conservar y cumplir las normas del magisterio de la Iglesia; por eso la reiteración de que lo católico define sus acciones.

En el estudio se resalta el grado de participación de Iglesia e individuos en el entorno sectorial o grupal y se inserta ésta sin desfasarla del contexto mundial y nacional. Como se analizan acontecimientos por espacio de cien años, el quehacer de los hombres e instituciones diocesanas

transcurrirá lenta o precipitadamente; aunque se rehuye desfase. En este orden de ideas, se pulsa escrupulosamente si la participación del católico ha sido producto de una conciencia histórica o resultado de influencias exógenas. En obvio de un mayor entendimiento se interpreta el grado de participación macro y microhistóricamente. Y a medida que se devela la problemática, más nos convencemos de que la acción social monografiada es producto de un proceso histórico de situaciones diversas, pero que alcanzan su concreción en la diócesis aguascalentense.



Esencialmente tiene ésta una misión trascendental; lo puramente humano entra en sus planes en cuanto que tiene relación con la santificación de sus miembros. Por su carácter eminente de directora y realizadora de la salvación de los hombres, está obligada a velar poque los problemas no se resuelvan de manera inadecuada y perjudicial. Lo que explica cómo más de una vez ha descendido de su alto pedestal para alentar al

hombre en el recto camino, para facilitar la realización de su salvación.

Las acciones que relata el estudio que comienzan a tener vida en la segunda mitad del siglo XIX, cuando la Iglesia nacional y local se ve impelida por las circunstancias a trabajar más directamente en los problemas sociales. Toman rumbo al definir León XIII la pastoral obrera en su encíclica "Rerum Novarum"; y crean cuerpo en nuestro entorno una vez que es creada la diócesis con su primer obispo D. Fray José María de Jesús Portugal y Serratos. Precisamente es en estos años que la sociedad católica aguascalitense mostrará su más alta concreción por el quehacer social.

LA LABOR SOCIAL DE LA IGLESIA EN AGUASCALIENTES se sitúa en la convergencia de diversos hechos y experiencias sociales de la Iglesia mexicana y regional y en un territorio específico. Coinciden con los de la sociedad civil y religiosa, modelos en que se estructura. Hubiera resultado difícil llegar al meollo del estudio de no haber considerado la imbricación de la Iglesia local en la sociedad y su permanente interacción con las diversas instituciones, por ser éstas el elemento material que le ha dado vida. Vale decir que un análisis detallado de los hechos nos ha permitido afirmar ser el relato resultado de la simbiosis, de la estrecha relación Iglesia-sociedad acontecido en el tiempo y en el espacio.

Es un error querer entender la historia de la labor social de la diócesis fuera del ámbito social, porque Iglesia y sociedad no son entidades que han vivido separadas, aunque contengan parámetros propios, determinados. Está claro, entonces, que tampoco podremos analizar a la Iglesia local como ente ajeno a la sociedad, al país y a la Iglesia universal, porque siempre ha estado inmersa en estas entidades. Esta es razón suficiente para que nuestro estudio más de una vez externe una visión macrohistórica, aunque sin rechazar parámetros laborales propios, tácticas y estrategias.

Para que resulte más expedito el entendimiento de la acción social católica que el estudio relata, hago estas breves consideraciones sobre la misión de la Iglesia.

Más de uno se preguntará ¿para qué ocuparnos de una monografía sobre lo social, si sabemos que la misión de la Iglesia es esencialmente sobrenatural? Si lo humano no tuviera consecuencias en lo divino, valdría la observación. Pero como de la recta solución de los problemas humanos depende la de los sobrenaturales, debe actuar directamente en la sociedad en que vive y alentar constantemente las empresas del bien común. Y es que como las relaciones en el campo de los problemas sociales y económicos inciden en la salvación, para bien o para mal, tiene la necesidad de actuar y de difundir su doctrina social, para orientar las actividades sociales y económicas del hombre.

Importa, quede claro cuál es el concepto de acción social que manejamos. Tomamos por acción o cuestión social cuánto compete a lo social, desde la perspectiva de la misión docente de la Iglesia, entre lo religioso, la labor caritativa y de enseñanza educativa y lo específicamente social; de ahí esta división de subtemas a lo largo del estudio. En ningún momento se pierde de vista, que su perspectiva específica es la moral aplicada a los problemas sociales, pues esto es lo que precisamente hace que la sociedad se dé cuenta, de que la doctrina social de la Iglesia no se considera, en modo alguno, una posición ideológica cualquiera como en más de un momento se ha considerado.

Quiero dejar constancia que, en la actualidad, la doctrina social de la Iglesia se toma como una enseñanza evangélica; no es ni una ideología, teoría o diseño de un sistema social o económico concreto, ni un ejercicio de poder acumulado o la legitimación de intereses creados, utopía idealizada o agenda moral abstracta a las colectividades humanas. La encíclica "Sollicitudo rei socialis" así la define: No es una ideología, sino la cuidadosa formulación del resultado de una atenta reflexión sobre las complejas realidades de la vida del hombre en la sociedad y en el contexto internacional, a la luz de la fe y de la tradición eclesial (2).

La doctrina social católica tiene una categoría propia en el magisterio de la Iglesia. Expresa la reflexión sobre la realidad social iluminándola con la luz del Evangelio;

ofrece las pautas para una conducta social práctica. También hay que decir que, a la vez que ofrece estas bondades, simultáneamente se inspira en la teología y en la realidad social. Es en sustancia, una aplicación de la teología, sobre todo de la teología moral, a las preguntas éticas que formulan las sociedades humanas. Lo que intenta es guiar de este modo a los hombres para que ellos mismos den su respuesta, con la ayuda también de la razón y de las ciencias humanas, a su vocación de constructores responsables de la sociedad terrena (3).

Conscientes de esta forma de pensar y actuar de la Iglesia, inferimos la equivocación de no pocos que opinan ser la doctrina social católica una solución intermedia entre el marxismo y el capitalismo. Definitivamente no promueve una ideología alterna de un sistema social original, porque no es éste su campo de acción ni su competencia. Su papel es interpretar el valor de las actividades sociales, ofrecer orientaciones de la dignidad humana. La posición actual de la Iglesia en tan polémica cuestión es: La doctrina social de la Iglesia no es una "tercera vía" entre el capitalismo liberal y el colectivismo marxista, y ni siquiera una posible alternativa a otras soluciones menos contrapuestas radicalmente (4).

Pareció en un principio que iba a quedar registrada como otra más de sus doctrinas; pero por su experiencia acumulada ahora se ve más como un proceso que se desarrolla, que como un conjunto de normas sociales, como un proceso creciente y continuo que responde a la experiencia de los cristianos que tratan de entender sus responsabilidades en sociedades y tiempos tan diversos. Escribe Herve Carrier: considerada desde este ángulo, la enseñanza de la Iglesia en lo social aparece ahora como un esfuerzo pausado, prudente y creciente para entender y acompañar espiritualmente la experiencia social de la familia humana. No es sólo teórica sino eminentemente práctica, porque está abierta a las sucesivas aplicaciones históricas y a una constante renovación, a medida que la reflexión cristiana examina las situaciones y los desafíos éticos de cada sociedad (4).

La perspectiva histórica que presenta LA LABOR SOCIAL DE LA IGLESIA EN AGUASCALIENTES de las diversas instituciones que han dado vida a la diócesis aquicalitense en el tiempo y en el espacio, encierra abundantes contenidos del ejercicio religioso, quehacer de la caridad, la educación y lo social. El estudio se esfuerza por proporcionar una información integral de las particularidades y porque encuentre el lector flexibilidad en sus contenidos y porque resulten atractivos y utilizables a investigadores, estudiantes y sociedad en general.

Desde que nació la idea de realizar este estudio, se pensó en la conveniencia de una suficiente claridad; así pasaría a ser auxiliar en el esclarecimiento de los problemas humanos. No se pierde de vista, que la misión de la Iglesia es fundamentalmente sobrenatural; pero como la recta solución de los problemas humanos es parte esencial, se vio la necesidad de incursionar a fondo en el campo de los problemas sociales y económicos tan relacionados con su

misión. Por eso, se insiste en la necesidad de que la Iglesia difunda una doctrina como la social, para que oriente las actividades del individuo. No debemos pasar desapercibido, que estamos viviendo un acercamiento Iglesia-sociedad, precisamente porque ambas estructuras están convencidas de que la modernización se finca en el conocimiento y comprensión de la doctrina social católica. El hombre entiende mejor la naturaleza y funciones particulares, cuando más se intensifica el quehacer social.

Se han ponderado dos grandes vertientes o bloques temporales y cuatro subtemas en la estructura del estudio. Los bloques son antes y después del Concilio Vaticano II, en donde, además, aparecen tiempos cortos, variantes entre un episcopado y otro. Por esta razón, hasta se llega a manifestar el personal estilo de gobernar de cada prelado, porque es eso lo que estructura los lapsos específicos. El que unos manifiesten directrices ultraconservadoras y oposición a las transformaciones, indica que los logros no los debemos medir con el mismo rasero. Si nos sentimos más inclinados por los pragmáticos y conciliadores, es por encontrar en ellos un espíritu más abierto en sus proyectos de evangelización social.

Todos los subtemas están relacionados con el quehacer eclesial: el religioso o de piedad, la caridad manifestada en hospitales y orfanatos, la educación y la cuestión social u obrera, en cuanto que la labor de la Iglesia incide en cualquiera de ellos. El esfuerzo por actuar en la comunidad integralmente, la obliga a atender todas las actividades y realizaciones que en una u otra forma se relacionan con su naturaleza y postulados de su misión. Además esta compleja acción eclesial guarda un sello, continuidad, estrecha observancia del magisterio eclesiástico, matizada a últimas fechas con la apertura, la renovación.

Tomando en consideración lo anterior, el estudio ha quedado repartido en cinco capítulos.

El primero ambienta al lector en lo que es la doctrina social de la Iglesia a la luz de los documentos pontificios, desde León XIII a nuestros días. Manifiesta que la Iglesia ha coadyuvado estrechamente en la evangelización de lo social y, que para ello, ha debido adecuar su pastoral aún a las mismas realidades temporales, porque está consciente que éstas condicionan el destino de la humanidad. Como institución formada y dirigida por hombres, acepta sus limitaciones; de ahí que su doctrina social no pretenda dar solución a todos los problemas presentes, aunque está en el derecho de enseñar los principios y las orientaciones indispensables para la organización justa de la vida social, la dignidad de la persona y el bien común.

En este capítulo también informamos cómo la enseñanza social de la Iglesia, que se origina del encuentro del mensaje evangélico y de sus exigencias éticas con los problemas que surgen en la vida de la sociedad (5), comienza a estructurarse en el siglo XIX como complemento del tratado moral sobre la virtud de la justicia. En este proceso no deja de recurrir a la filosofía y a la teología donde encuentra el sustento y cuestiones que la complementan. Que haya

conquistado notable autonomía se debe al desarrollo orgánico y sistemático de la reflexión moral sobre nuevos y complejos problemas.

Se enfatiza en lo externado por Juan Pablo II a los obispos latinoamericanos en Puebla (1979), que la doctrina social católica tiene su fundamento y objeto en la dignidad de la persona humana con sus derechos inalienables, que forman el núcleo de la verdad sobre el hombre (6). Como considera al hombre su centro, no hace sino afirmar que la suerte de la humanidad está ligada estrecha e indiscutiblemente a la misión de la Iglesia por la doctrina social; lo que induce a no acusar a la Iglesia de sobrepasar su campo específico y, mucho menos, el mandato recibido de Cristo.

Al explicar la dimensión histórica de la doctrina social de la Iglesia, se abunda en que ésta es otra más de las dimensiones del mensaje evangélico, cuyas raíces se hunden en la historia de la salvación del hombre, cuyo origen se encuentra en la misión salvífica y liberadora de Jesucristo. Dice la "Laborem exercens": Se vincula con la experiencia de la fe y en la salvación y en la liberación total del pueblo de Dios, descrita primeramente en el Génesis, en el Exodo, en los Profetas y en los Salmos, y después en la vida de Jesús y en las Cartas de los Apóstoles (7).

En la enseñanza y praxis social, la Iglesia de los primeros siglos y Edad Media no hace más que aplicar y desarrollar los principios y las orientaciones contenidas en el Evangelio. Como durante siglos el hombre desconoció la dimensión específica de lo social, la Iglesia fomentó las instituciones caritativo-sociales y las humanizó en espíritu y justicia. Muchos fueron los años en que ésta apareció como pro-motora protagónica de hospitales, orfanatos u hospederías para peregrinos de concepción socio-culturales; esta forma de trabajar inauguró la era de un nuevo humanismo radicado en el cristianismo.

Aunque se trataba de obras supletorias, determinadas por la insuficiencia y por las lagunas en la organización de la sociedad civil, fueron lo suficientemente decisivas para dar a conocer la inviolabilidad de la vida humana, el valor del trabajo y de cada persona. El progresivo desarrollo de la teología y filosofía prepararon los presupuestos e instrumentos de la verdadera y propia doctrina social en la segunda mitad del s. XIX. Es entonces que se determina por la correspondencia de sus indicaciones relativas a los problemas de una situación histórica concreta; con esos postulados definidos propugnará por una transformación profunda de la persona y grupos, para alcanzar una liberación auténtica e integral.

Una parte sustancial de este capítulo está dedicada a analizar los documentos pontificios y enseñanzas de los pontífices en la materia e incidencia que van teniendo en la sociedad al aplicarse. Todo para llegar a la conclusión, que la doctrina social católica ha penetrado en todas las sociedades, hombres y grupos y que, por eso, está obligada a continuar su camino histórico, a seguirse

enriqueciendo con las experiencias de los miembros de la Iglesia.

El capítulo dos presenta los antecedentes históricos de la obra social de la Iglesia mexicana y futura Diócesis de Aguascalientes. Presenta una apretada información de la labor de los arzobispos de Guadalajara D. Pedro Espinosa y D. Pedro Loza durante la segunda mitad del siglo XIX. Son los años pioneros de la acción social católica en nuestra ciudad en los que transitan y actúan connotadas personalidades del clero y seglares. Se reitera en que el objetivo de la monografía es la obra y difusión de las instituciones y sus promotores, principalmente los laicos; y que por selección y conveniencia irán transitando ante la escudriñadora mirada del lector elementos doctrinales y obras. También que cada período elegido se divide conforme lo piden los acontecimientos; es decir, que parte de lapsos bien definidos o por la cronología, o por los obispos que han gobernado la diócesis. Hasta se intenta fincar el futuro, que en realidad no será más que una consecuencia de lo pasado y lo presente. En resumen, presenta el panorama de los antecedentes sociales hasta 1899 en que es erigida la diócesis. Creemos haberle dado la importancia que merece, porque a estos años corresponde la gestación y cimentación de la labor social católica en Aguascalientes, la que será magnificada años después por la personalidad del primer obispo D. Fray José María de Jesús Portugal.

El capítulo tercero relata las peripecias del quehacer social diocesano en el lapso 1899-1930. En este tramo transcurren, primero, los años de esplendor que enaltecen Mons. Portugal y el padre Juan Navarrete. Son las postrimerías del porfiriato, y la Iglesia local vivirá días de afianzamiento, de euforia; también se adherirá entusiastamente a la corriente conciliadora y potenciará la formación de un grupo de hombres que realizarán una labor extraordinariamente positiva entre los obreros. Comenzarán en 1910 las dificultades, las que se acentuarán a la caída de Victoriano Huerta. La revolución triunfante restringirá muchas de sus acciones y hasta la perseguirá. Entrará en un período de temor y se replegará y actuará a la defensiva. Serán algunos de estos años demasiado difíciles y hasta sangrientos.

A este capítulo toca informar del nacimiento de la diócesis, que ocurre en un marco en que la Iglesia mexicana lograba su reestructuración al amparo de una política de reconciliación del gobierno porfirista. El lapso abarca los episcopados de Mons. Portugal e Ignacio Valdespino. Al segundo corresponderá hacer frente a los momentos más difíciles vividos por la Iglesia en México; son los días de la revolución triunfante, la implantación de la Constitución de 1917 y el gobierno de Plutarco Elías Calles que entró en serios problemas con los católicos, hasta ensangrentarse los campos nacionales por los problemas religiosos. Precisamente sufrirá dos períodos de destierro y morirá en uno de éstos.

El capítulo cuarto cubre los años que se extienden desde "los arreglos" de 1929 con los que se pone fin a la

suspensión de cultos y lucha armada, hasta la terminación del Concilio Vaticano II, en 1965. Se trata de un lapso en que la diócesis fue gobernada por Mons. José de Jesús López y González y por Mons. Salvador Quezada Limón, en el que encontramos hechos variados e interesantes. Un primer lapso tiene como fondo el aparente reconocimiento del Estado a la jerarquía eclesiástica, regreso del exilio de muchos eclesiásticos, restablecimiento del culto y los intentos de reorganización que hace la Iglesia por recuperar el lugar perdido.

Los años inmediatos a "los arreglos" son de inquietud y desajuste porque éstos quedaron en mera promesa; y sobre todo porque es cuando se gesta el problema de la educación socialista y sexual que dividió peligrosamente a la sociedad aguascalentense. Situación tan problemática empeoró las endebles relaciones Iglesia-Estado que habían sentado endeblemente "los arreglos" y perfiló nuevos amagos de lucha armada de parte de los católicos. En estos años en que la política domina el escenario como factor decisivo para hacer inviable el proyecto eclesial, encontramos a una Iglesia poco activa y que apenas se insinúa en los problemas obreros. Cárdenas había declarado: correspondía al Estado el papel de principal promotor del bienestar moral y material de la nación (8).

Los "arreglos" que auguraron mejores días, más que mejorar la situación, la complicaron, y la Iglesia se vio precisada a cambiar de estrategia. Decidió olvidar la cuestión obrera. Al elegir el silencio se construyó a sólo lo religioso, medida prudente, a cambio de la concordia nacional. En la década de los treinta, sus actividades quedaron restringidas al coto dogmático y la liturgia; la misma enseñanza en las escuelas cayó en la clandestinidad al imponerse la educación socialista. Su espectro de actividades se redujo a sesiones dominicales de catecismo en los templos, a sermones y homilias y al confesionario.

Cuando amainó la crisis, a lo que primero se abocó, fue a la labor de conciliación para un mayor acercamiento con el gobierno; luego, jerarquía y sectores católicos pragmáticos y conciliadores, buscarían calmar un ríspido anticlericalismo. Igualmente la Iglesia intensificó con decisión la batalla por las almas y retomó los hilos para recuperar sus fueros. Para mejor lograr estos objetivos secularizó la Acción Católica y creó la Obra Nacional de Instrucción Religiosa dedicada a la catequización del pueblo.

También como los gobiernos nacional y estatales suavizaron sus relaciones frente al clero, la jerarquía eclesiástica dedicó grandes esfuerzos en la reorganización de su administración interna, disciplinar al clero y fieles y luchar por la moralización de la sociedad, ya que un alto porcentaje de mexicanos dejaron de creer, sentir y practicar la religión católica. Y es que debido a la situación que se vivió, de trabas y descristianización, los mexicanos se mostraron más proclives a la razón que a la fe, por más que las masas seguían siendo creyentes. La resaca revolucionaria se vio reflejada en la sociedad en una fuerte corriente secularizante; la misma Iglesia sintió el peso del laicismo

de viejo cuño liberal que le obstruyó en la redefinición del futuro camino social.

De 1950 a la terminación del Concilio Vaticano II se dio un claro giro en la estrategia de la Iglesia. La circunstancia de que entrara el país en una sociedad de consumo, de semi-industrialización así lo pedía, hizo que se afanara y trabajara la Iglesia por restaurar la vida cristiana bajo el signo de lo espiritual; mucho trabajaron en la tarea los Cursillos de Cristiandad y Movimiento Familiar Cristiano. Algunos hablan en estos años de una paz octaviana; sin embargo, no hubo tal paz pues algunos sectores manifestaron brotes de intranquilidad por el silencio cómplice que guardó la Iglesia en los sucesos que conmovieron al medio sindical mexicano durante el gobierno de López Mateos (1958-1964). Este silencio cómplice lo pagaría el gobierno con la tolerancia, con una interpretación favorable de las incómodas leyes que continuaban vigentes. Los últimos años historiados en este capítulo coinciden con una extraordinaria floración de obras eclesiales y el retorno de ésta a las cuestiones sociales y con los esperanzadores horizontes que abrió el concilio.

El capítulo quinto y último está saturado de los cambios conciliares. Se afirma que tomaron desprevenida a la Iglesia mexicana y local y que costó su asimilación. Si observamos con detenimiento su forma de actuar, percibimos a una década de los setenta de transición, en cuyos días transcurrieron sucesos mundiales que pasan a ser verdadero fermento de cambio. Tal es el caso de la Revolución Cubana, la interacción del CELAM y la encíclica Mater et Magistra de Juan XXIII, que junto con diversos elementos conciliares la ponen a tono para el cambio. Como la Iglesia universal, la local siente la urgencia del aggiornamento. Clero y fieles dan pasos decisivos y comienzan a transitar a ritmo conciliar, no sin sufrir en carne propia la ruptura de la unidad.

No se puede negar que la vieja actitud hizo que la Iglesia se apegara a fórmulas y modelos del pasado que, aunque le daban seguridad frente a los peligros, le quitaban la agilidad necesaria para acomodarse a las nuevas urgencias de los tiempos. Participar y manifestarse en la vida pública contiene una profunda dosis de modernidad que no desdice de su misión evangelizadora. Y es que desde la perspectiva de que toda acción emprendida por cualquier cristiano busca una auténtica justicia, tiene intenciones políticas por afectar las relaciones sociales. No hay que olvidar, que el mensaje evangélico es búsqueda de una vida más fraterna e igualitaria entre los hombres; que es invitación a que unos tomen conciencia de sus deberes y derechos y otros a la conversión y repartición de bienes.

El cambio hizo entender a la Iglesia, que su misión evangelizadora le compromete a llevar a las masas la luz y la fe; de ahí la importancia de la pastoral social, de la evangelización de lo social. La diócesis, después de los amargos días de división, entró a una coyuntura de

accesibilidad y apertura a los problemas materiales. Ahora está empeñada en dar respuesta a problemas como industrialización, urbanismo y emigración, fenómenos que cada día se acrecientan en forma preocupante en Aguascalientes debido a que se ha convertido en foco industrial de primer orden.

Mucho influyó en la nueva postura eclesial el *aggiornamento* o nueva postura postconciliar, novedosa psicología de la Iglesia que es entendida y aceptada no como una novedosa ontología porque el ser de ésta no ha cambiado, sino como una nueva perspectiva que el Concilio brindó en un nuevo clima para el ejercicio de su autoridad. Como la Iglesia venía de vivir una actividad predominantemente cerrada sobre sí misma, en los últimos tiempos se ha visto forzada a tomar una postura de apertura. Es alentador que ahora hace frente a los problemas temporales con más independencia y con una actitud más crítica; que ahora conceptualiza la libertad religiosa no como una consecuencia de la participación política, sino como una necesidad más de libertades, indispensables para que la sociedad alcance su pleno desarrollo. En este contexto es que la jerarquía eclesial ha transitado de una posición de sostén del régimen, a la de juez de las iniciativas gubernamentales, situación laboral que le ha redituado buenos resultados. Ha logrado instalarse como miembro de pleno derecho en el ajedrez social y político, en cuya perspectiva procura, guardada la distancia, hasta conciliar su doctrina con los programas de la Revolución. En fin, ha abierto la compuerta para que los católicos cooperen y trabajen sin compendias en lo social y lo político.



Ahora está empeñada en cumplir con la tarea de evangelizar lo social, porque se impone como propio desafío para la convivencia futura del mundo, de México y Aguascalientes. Suscribe la encíclica "Centesimus annus": La nueva evangelización de la que el mundo moderno tiene urgente necesidad y sobre la cual se ha insistido en más de una ocasión, debe incluir entre sus elementos esenciales el anuncio de la doctrina social; pertenece a su misión evangelizadora y forma parte esencial del mensaje cristiano (9). ¡Qué bueno que hay conciencia de esta obligación y que el Plan Pastoral Diocesano 1989-1994 encarezca a operarios de la pastoral y a laicos a actuar con la convicción de que es una responsabilidad cristiana irrenunciable!

Se espera que, resuelto el conflicto del reconocimiento jurídico, la Iglesia católica se apreste a dar una nueva batalla y busque una mayor presencia e injerencia en la

sociedad, a fin de contrarrestar el rápido avance de los movimientos no católicos y el secularismo de la sociedad moderna. Creemos que ya no debe pelear por cuotas de poder sus nuevos horizontes deben ser de tipo cultural y de renovación de las relaciones ante el Estado y la sociedad en la que cada vez pierde más terreno, debido a un creciente secularismo y movimientos religiosos protestantes. Pensamos que su preocupación esencial debe ser la reestructuración de sus bases en la sociedad; su desafío futuro debe ser menos del orden político y más pastoral, porque está ante un mercado religioso cada vez más competido. Debe estar conciente que prácticamente ha dejado de ser la única en la sociedad mexicana y que existe un creciente secularismo y formas religiosas no institucionales que le han minado sus antiguas bases. En pocas palabras, su relación debe pasar a ser más de cara a la sociedad, que frente al poder.

En fin, hemos querido coadyuvar con el presente estudio sobre la labor social de la Iglesia Católica en Aguascalientes a que los aguascalentenses conozcan mejor su historia. La amplitud con que se aborda parecerá satisfacer las exigencias de cualquier lector; pero confieso que falta mucho por hacer, porque la acción social católica ha sido fecunda. Dentro de todas las deficiencias en que se cae, esperamos en su utilidad y hasta pensamos en que resulte de interés por lo novedoso del tema y porque es un estudio que analiza momentos que corresponden a un tramo en que, la Iglesia repudiada por el Estado, despojada de sus bienes y perseguida, ha logrado realizar con la palabra y el ejemplo, trascendentes obras y reformas sociales.

También se espera en su utilidad e interés, porque es la historia del laicado aguascalentense que se incorporó con pasión a la misión evangelizadora de lo social. Es de hacer notar que la hora del laicado, que se caracteriza por el interés creciente que los católicos manifiestan por los problemas religiosos, en México se adelantó debido a las difíciles circunstancias en que entró la Iglesia con las Leyes de Reforma. Lo que no ocurrió en muchos países del mundo, en México ya encontramos en el siglo XIX ciertas áreas en manos de los laicos, aunque consideremos la hora de los laicos de 1930 en adelante, al fundarse la Acción Católica. No hay duda que las severas restricciones legales han obstruccionado y no le han permitido un trabajo libre; sin embargo, su caminar firme y decidido le ha permitido que gaste una realidad laica en nuestros días.

Aunque es posible que cuando el lector tenga en sus manos este trabajo, no resulte de su entera satisfacción. Lo

que ocurre es que apenas sí se ha investigado la historia de la Iglesia local. Una enseñanza positiva que deseo para los lectores es que se decidan a hacer de lado de una vez el tabú de tratar o escribir sobre cualquier tema eclesiástico. Importa no olvidar que vivimos tiempos que exigen tratar desde cualquier ángulo y sin temor todo tipo de tema religioso o que tiene alguna relación con la Iglesia. ¿Por qué seguir sujetos a una mera consecuencia de décadas de liberalismo operante en México, a un liberalismo que sigue celoso de su pureza y de que nadie intente alegar título para intervenir en la vida política desde arriba? Rompamos de una vez por todas tal exclusividad y ventilemos nuestra historia escrita muchas veces por trasnochados.

¡Qué bueno que las cosas están cambiando y que despierta el interés, la atención de los investigadores el quehacer de la Iglesia en cualquiera de sus áreas! En cada página el lector encontrará un relato que habla, que le habla concretamente de la Iglesia local y de sus actividades sin tomar en cuenta ese tabú. No encierra intención ni cariz político u oportunismo; es simplemente una aportación a la historiografía regional que busca situar en su justo lugar la labor de la Iglesia y entender mejor nuestra sociedad.

Tómese como relato fiel de la labor social diocesana en sus cien años de vida, como la manifestación de su tránsito

por los lineamientos que enseñaran León XIII y sus sucesores, por las doctrinas conciliares y de la jerarquía nacional. Que se encuentra matizado por los avatares del tiempo y formas de gobernar de cada uno de sus prelados, ni duda cabe; pero hemos querido que no haya desfase en ningún momento entre las acciones eclesiales y vida social. Si en determinados momentos encontramos discontinuidad, se debe más bien a falta de medios económicos o humanos, lo importante es que trabaja coordinadamente en la actualidad; que puede moverse ya con libertad y que se ha adaptado a los cambios para mejor cumplir su responsabilidad.

No quisiera terminar esta información sobre el análisis de LA LABOR SOCIAL DE LA IGLESIA CATOLICA EN AGUASCALIENTES sin manifestar este deseo personal: que las enseñanzas que encuentre el lector coadyuven a un mejor conocimiento de la labor de la Iglesia local hacia la sociedad. Que contribuyan a la recuperación de su acción, pues es la Historia la única que nos señala la forma de acrecentar y multiplicar los focos de verdad. En fin, que colabore a que la verdad histórica se convierta en realidad para todos los aguascalentenses, a que se ubique en su justo lugar la labor de la Iglesia Católica en Aguascalientes. ¡Ojalá así sea!

NOTAS

- 1.- Le Bras, Gabriel et al., "Pratique religieuse et religion populaire", en Archives de Sciences Sociales de Religions, 43/1 (enero-marzo, 1977), p. 8. Citado por Roberto Blancarte, en Historia de la Iglesia en México, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 11.
- 2.- Juan Pablo II, encíclica Sollicitudo rei socialis, Roma, 30 de diciembre de 1987, n. 41.
- 3.- Ibidem.
- 4.- Carrier, Herve. El nuevo enfoque de la doctrina social de la Iglesia, México, Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana, 1991, p. 9.
- 5.- Congregación para la Educación Católica, Orientaciones para el estudio y enseñanza de la doctrina social de la Iglesia en la formación de los sacerdotes. Roma, diciembre 3 de 1988, n. 2.
- 6.- Juan Pablo II alocución Esta hora, enero 28 de 1979, Puebla, Conferencia del Episcopado Latinoamericano, parte 1, n. 9, 417.
- 7.- Juan Pablo II, encíclica Laborem exercens, Roma, septiembre 14 de 1981, n.3.
- 8.- Luis González y G. desarrolla ampliamente la doctrina cardenista en Historia de la Revolución Mexicana; Periodo 1934-40, tomos 14 y 15. México, El Colegio de México, 1979-1981.
- 9.- Juan Pablo II, encíclica Centesimus annus, Roma, 1o. de mayo de 1991, n. 5.